

DRAKONTOS

Stephen Jay Gould

Un dinosaurio en un pajar

DK



CRÍTICA

Un dinosaurio en un pajar

Stephen Jay Gould

Traducción castellana de Joandomènec Ros

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero, 1997
Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2025

Un dinosaurio en un pajar
Stephen Jay Gould

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *A Dinosaur in a Haystack*

© Stephen Jay Gould, 1996
Esta traducción se publicó en colaboración con Crown,
un sello de Crown Publishing Group,
una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Joandomènec Ros, 1997

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-797-9
Depósito legal: B. 11.469-2025
Impresión y encuadernación: Arteos Digital
Printed in Spain - Impreso en España



Pensamientos felices en un día soleado en la ciudad de Nueva York

G alileo describió el universo en su famosísima frase: «Este gran libro está escrito en el lenguaje de las matemáticas, y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas». ¿Por qué razón las leyes de la naturaleza habrían de estar sujetas a presentación en un álgebra tan elegantemente básica? ¿Por qué la gravedad funciona mediante el principio de los cuadrados inversos? ¿Por qué las geometrías simples ocupan la naturaleza, desde los hexágonos del panal a la compleja arquitectura de los cristales? D'Arcy Thompson, autor de *Sobre el crecimiento y la forma* y mi primer héroe intelectual (junto con mi padre y Charles Darwin), escribió que «la armonía del mundo se manifiesta en la Forma y el Número, y el corazón y el alma y toda la poesía de la Filosofía Natural se hallan encarnadas en el concepto de belleza matemática». Muchos científicos, aunque sólo sea para acuñar una metáfora sorprendente, representan a un Dios creador como un matemático del reino de Platón o Pitágoras. El físico James Jeans escribió: «A partir de la evidencia intrínseca de su creación, el Gran Arquitecto del Universo empieza a aparecer ahora como un matemático puro».

Pero gran parte de la naturaleza es desordenada y diversa, notablemente resistente a la expresión matemática simple (al menos antes de que los fractales nos proporcionaran una manera de formular las complejidades de la cima de una montaña, una costa o una hoja). Y otros científicos han desarrollado metáforas igualmente sorprendentes acerca de un creador que se revela en los detalles incuantificables: tal ocurre en la famosa frase de J. B. S. Haldane (véase el ensayo 29) de que Dios debe tener una afición especial por los escarabajos.

En muchos aspectos, nos hemos entusiasmado en demasía sobre la precisión matemática de la naturaleza. Incluso el campo preeminente de la belleza abstracta y cuantificada (un ámbito cuyo mismo nombre, mecánica celeste, parece evocar la armonía etérea) incluye muchísimas irregularidades pavorosamente confusas y sumamente inconvenientes. ¿Por qué razón, por ejemplo, no podía Dios haber dispuesto alguna proporcionalidad simple y decente entre la rotación axial de la Tierra y la revolución solar? ¿Por qué no

dio al año un hermoso número exacto de días, sin complicadas fracciones que exigen complejas y forzadas correcciones en nuestros calendarios? ¿Por qué 365 días y casi (pero no totalmente) un cuarto adicional? De este modo debemos añadir un día suplementario cada cuatro años, pero quitarlo de nuevo cada cien años (porque Dios ordenó algo menos que un cuarto adicional después de los 365 días), excepto cada cuatrocientos años, cuando lo ponemos de nuevo. (Y así, si el lector profundiza en la frase anterior, comprenderá por qué el 2000 será un año bisiesto, aunque, según algunos puristas, no señalará el milenio; véase el ensayo siguiente.)

La naturaleza también se burla de nuestro intento de encerrarla en una camisa de fuerza platónica al establecer una razón casi ridículamente fortuita para algunas regularidades aparentes, muy visibles, que han desempeñado un papel importante en la historia humana. En mi ejemplo favorito, muy comentado por muchos glosadores, los eclipses solares y lunares producen un ajuste magníficamente preciso y exacto (pues la sombra de la Luna cubre exactamente el Sol, y la Tierra cubre exactamente la Luna). ¿No debiera estar dicha exactitud explícitamente dispuesta, o al menos surgir como una consecuencia predecible de una de estas leyes de la naturaleza, elegantes desde el punto de vista matemático? Pero resulta que este efecto es sólo una circunstancia fortuita de la historia. El diámetro del Sol es unas cuatrocientas veces mayor que el de la Luna. Pero el Sol se encuentra asimismo a una distancia unas cuatrocientas veces mayor que la Luna, de manera que sus discos parecen del mismo tamaño a un observador en la Tierra. (Considérese ahora qué importante parte de la mitología humana se basa en una imagen de dos guardianes, íntimamente relacionados por su tamaño común: «Hizo Dios los dos grandes luminares, el mayor para presidir al día, y el menor para presidir a la noche».)

Cuando la naturaleza se burla de nosotros de esta manera, suele revelarlo todo de vez en cuando, como si ofreciera confesión por una broma tan sublime. El 10 de mayo de 1994, una rara forma de eclipse solar, mucho menos espectacular que la pantalla de oscuridad convencional, pero inmensamente fascinante por su misma y mayor sutil rareza, envolvió gran parte de América del Norte. La distancia entre la Luna y la Tierra varía considerablemente a lo largo de su revolución (las órbitas planetarias tampoco son tan regulares como los gráficos de nuestros manuales de instituto sugerían). Si un eclipse solar tiene lugar cuando la Luna se encuentra a la distancia máxima de la Tierra, entonces la sombra lunar no cubre totalmente el disco solar. Por lo tanto, en la totalidad, un anillo de luz brillante permanece alrededor de la periferia del Sol. Estos eclipses se denominan anulares. (Los eclipses anulares son mucho menos espectaculares que los eclipses totales a distancias lunares normales, porque un anillo de brillante luz solar todavía produce una iluminación sustancial, tanta o más que en un día nublado ordinario, mientras que el cielo se apaga como si Dios accionara un interruptor de la luz cuando el disco mayor de la Luna cubre por completo al Sol.)

El 10 de mayo estaba enojado conmigo mismo. El eclipse era completo

en un 88 por 100 en mi casa de Boston, mientras que la totalidad me aguardaba a sólo una o dos horas al norte, desde Concorde, New Hampshire, y muchos otros lugares agradables de Nueva Inglaterra. El próximo eclipse anular en Nueva Inglaterra tendrá lugar el 23 de julio de 2093, mucho después que acabe mi turno, de modo que para mí era el 10 de mayo o nunca (al menos sin un viaje sustancial). Ordené a todos mis estudiantes que se fueran en coche a la región de la totalidad, bajo pena de expulsión instantánea. (Los profesores, cuando gozan de estos raros momentos de suspensión de la observación de Shaw de que los que pueden lo hacen, y los que no, enseñan, se recrean realmente en esta aplicación de poder limitado. Así se lo ordené, y ninguno de ellos fue, para su eterna vergüenza, pero de otro modo sin consecuencias.) Mientras tanto, llamado por el deber para cumplir con un compromiso adquirido antes de que tuviera noticia del eclipse, me fui hacia el sur, a la ciudad de Nueva York, hacia una menor cobertura solar por parte de una sombra lunar ya comprometida.

Hay muchas cosas que nos impulsan a seguir funcionando en este valle de lágrimas: la sonrisa de un niño, la Misa en Si menor de Bach, un rosco de pan decente. De vez en cuando, como para concedernos el coraje para seguir, los poderes que sean transforman los pequeños desastres de la vida en una pizca de alegría o un episodio instructivo. El Señor del Anillo (Parcial) debía estar sonriéndome aquel 10 de mayo, porque me condujo malhumorado a mi ciudad natal de Nueva York y después me premió con una experiencia mejor de la que la totalidad en Concord pudo haberme proporcionado.

Me gusta la naturaleza prístina, pero soy un humanista de corazón, y me deleito más en las interacciones complejas entre mis colegas miembros de *Homo sapiens* y el gran mundo externo. Piense ahora el lector en todos los estereotipos que pueda tener de los neoyorquinos. (Son desleales, desde luego, pero no obstante son culturalmente potentes como tipo o icono reconocidos.) Los neoyorquinos son pesados, egoístas, cínicos, ajetreados, codiciosos, desaliñados, nada comunicativos y completamente desagradables hacia todos los seres humanos a los que no pueden persuadir o manipular para obtener una ganancia material. ¿De acuerdo? Desde luego, como saben todos los estadounidenses, ¡incluso los que no han estado nunca al este del Mississippi! Por lo tanto, un eclipse solar debe ser la última cosa que podría intrigar a un neoyorquino real. Quiero decir, «Permítame un momento, señor. ¿Usted quiere que yo deje de hacer lo que estoy haciendo y mire al cielo, a un eclipse parcial y anular? ¡Piérdase, y enrosque su propia bombilla!».

Sin embargo, del mismo modo que Josué detuvo una vez al Sol sobre Gabaón, la ciudad de Nueva York devolvió el cumplido el 10 de mayo. En pleno centro de Manhattan y en medio de un ajetreado día laborable, Nueva York se detuvo para observar el Sol. Bueno, no exageremos. Muchas personas siguieron dedicándose a sus asuntos, mientras la marea humana del mediodía recorría la Séptima Avenida. Pero también había grandes corros de observadores del eclipse que resistían con éxito en cada calle. ¿Qué características de la versión menos espectacular del fenómeno general (parcial y

anular, y no total y completamente cubierto) podían haber inspirado el interés de los neoyorquinos? Considérense dos aspectos de este notable acontecimiento.

En primer lugar, en esta época de estremecimientos para todo el cuerpo inducidos artificialmente, desde las montañas rusas hasta todos los poderes electrónicos de filmes, videojuegos y sonido amplificado, apenas podemos pensar que algo tan sutil, aunque penetrante, como el carácter de la luz solar que nos rodea pueda mover nuestras pasiones, o incluso llamar nuestra atención (pero los pintores impresionistas ya debían tener alguna idea sobre el poder de la calidad de la luz). Cuando el Sol es ocluido en el 80 por 100 en un día soleado, éste no se torna muy oscuro; la nubosidad ordinaria reduce la visibilidad en mayor medida. Así, pues, el cielo no se oscureció de súbito sobre Nueva York el 10 de mayo. Pero somos exquisitamente sensibles al carácter usual de la luz, aunque no podamos reconocer explícitamente nuestro conocimiento, e incluso podemos ser incapaces de explicar qué es lo que notamos tan raro.

Repito que Nueva York no se oscureció mucho, pero el cielo sin nubes implicaba luminosidad, y el día se tornó misteriosamente sombrío, al tiempo que la luz continuaba reinando; y la gente se daba cuenta de ello, y temblaba, aunque sólo fuera ligeramente. «Moisés y los hijos de Israel» cantaban una canción a Dios para ensalzar el sorprendente poder de los acontecimientos celestiales alterados (Éxodo, capítulo 15): «Supiéronlo los pueblos y temblaron ... Los príncipes de Edom se estremecieron; se apoderó la angustia de los fuertes de Moab ... Se quedaron inmóviles como una piedra». Y así Nueva York, muchísimo más poderosa e incomparablemente más refinada que estos antiguos reinos de Oriente Próximo, se dio cuenta y se quedó quieta mientras un cielo lleno de luz se oscurecía hasta el nivel de una tormenta inexistente. Una mujer le dijo a su amiga: «¡Mierda! O el mundo está a punto de acabarse o va a llover... y tan seguro como el infierno que no va a llover».

En segundo lugar, la visión de un Sol creciente es tan insólita, está tan fuera de nuestra experiencia diaria, que la gente se detiene para verlo, y se maravilla. Si el primer fenómeno, la oscuridad misteriosa (aunque ligera), impulsaba una especie de atención visceral, el Sol creciente, en cambio, provocaba una respuesta más intelectual.

En cada eclipse, los proveedores oficiales de las noticias nos inundan con advertencias sobre los graves peligros para nuestra vista si miramos al Sol que se eclipsa. No mire hacia arriba, ni por un momento. El Sol quemará un agujero indoloro en su retina con más rapidez de la que los niños que se masturban se quedaban ciegos en los viejos y malos días de las advertencias terribles. Entiendo por qué han de presentarse tales exageraciones. Mirar el Sol durante muchos minutos es una idea malísima y puede tener todas las consecuencias que se indican en las advertencias de los eclipses; así, las fuentes de noticias deben decir: «No miren en absoluto», con el fin de difundir el miedo suficiente para evitar estas observaciones prolongadas. Estas adver-

tencias son tan estridentes que hay mucha gente que llega a creer de verdad que la luz del eclipse posee un poder especial para provocar dicho daño. Pero, desde luego, se puede mirar directamente al Sol durante un momento sin peligro todos los días, tanto aquellos en los que hay eclipse como aquellos en que no hay. Después de todo, de cuando en cuando miramos el disco del Sol inadvertidamente, y no nos volvemos ciegos.

Pero mucha gente, y con buen criterio, no miraba directamente al Sol, y seguía los consejos oficiales para la observación del eclipse, utilizando una serie de dispositivos para filtrar o proyectar imágenes. Y agradecí esta panoplia de estrategias durante mi «salida de campo» humanística para la ciencia por las calles de Nueva York, pues los dispositivos de observación provocan discusión y fomentan el compartir, con lo que ayudan a forjar la comunidad del eclipse.

Algunas personas miraban a través de filtros. Un joven había preparado varias tiras de película reveladas en exceso, y las pasaba a sus vecinos, una doble capa para cada observador (tal como habían advertido los periódicos), a todos los interesados. Un robusto soldador de la calle 53 pasó su rato de descanso compartiendo sus gafas protectoras con la muchedumbre que se concentraba.

Otros sacaban partido de un maravilloso fenómeno óptico, utilizando el principio de que casi cualquier pequeño agujero o espacio actúa como una cámara oscura para proyectar la imagen del Sol creciente. Aquí, la ciudad de Nueva York tiene incluso una ventaja sobre el país, porque una imagen se proyecta mal sobre el suelo desigual, pero muy bien sobre una acera blanca y lisa. Nueva York es una mezcla maravillosa de colores, clases, vestidos y actividad (he visto muchas ciudades más hermosas y más exóticas, pero ninguna más diversa). Pero raramente nos reunimos, pues ¿qué puede trascender nuestras diferencias y forjar una preocupación común? ¿Y qué respuesta a esta pregunta podría ser más elegante o literal que el propio Sol, que todo lo abarca?

En la calle 58, un conserje antillano vestido con sus ropas de trabajo se encontraba frente a un edificio de apartamentos, en el que una marquesina desgarrada presentaba varios agujeros pequeños, cada uno de los cuales proyectaba una hermosa imagen del Sol creciente sobre la acera. El conserje, que desempeñaba el papel de pregonero de feria, atraía a los transeúntes bajo su marquesina para que vieran el gran espectáculo, gratis, naturalmente. En el edificio de al lado, al igual que el propietario de la parada adyacente en la misma feria, un hombre asiático perforaba agujeros en sobres, hojas de papel y carpetas de cartulina, al tiempo que enseñaba a la gente como proyectar la imagen del Sol sobre el suelo, también gratuitamente y por el simple placer de compartir.

La gente se reunía en todas las calles para alardear de los nuevos dispositivos que acababan de descubrir para proyectar imágenes. Los árboles atraían las mayores multitudes, pues los espacios entre las hojas funcionan como pequeñas cámaras, y cientos de pequeños soles crecientes y danzantes

aparecían sobre la acera entre las sombras de ramas y hojas. Una mujer, elegantemente vestida y con un cigarrillo que le colgaba de los labios, mantenía su mano levantada e interceptaba la luz solar en el apogeo del eclipse, y una imagen creciente aparecía en el fondo del espacio entre cada par de dedos adyacentes. Emitía chillidos con deleite, y la gente que estaba a su alrededor vitoreaba. Después un chico se quitó su gorra de béisbol ajustable, desabrochó la tira de conexión y proyectó un sol a través de cada uno de los diminutos agujeros de la tira. De nuevo, la gente estalló en vítores.

He observado eclipses con fruición durante toda mi vida consciente. Como todos los devotos, tengo mis relatos y acontecimientos principales favoritos. Recuerdo mi mejor eclipse lunar, que vi, cuando era un adolescente, desde el apartamento de un compañero, situado en el piso veinticinco de un edificio de la parte alta de Manhattan. La Luna completamente cubierta suele volverse oscura, pero también puede brillar con variedad de colores. Aquella noche, el disco entero de la eclipsada Luna se volvió rojo, un rojo profundo y oscuro que yo nunca había visto en los cielos, o quizá ni siquiera en la Tierra. Y comprendí que dos versos de *The Saints* son descripciones de eclipses solares y lunares, no relatos escatológicos abstractos y alarmantes (por aquel tiempo yo tocaba el contrabajo en un grupo de música *folk*, e interpretábamos esta canción con frecuencia): «Cuando el sol se niega a brillar ... cuando la Luna se vuelve roja de sangre; ¡oh, Señor!, deseo estar en este número, cuando los Santos vayan entrando»;* que es, después de todo, del Juicio Final, en el que los eclipses acompañarán la panoplia de acontecimientos terribles. ¿No habló también el profeta Joel (2:31) como un astrónomo, al citar la misma imagen con idéntico propósito?: «Y el Sol se convertirá en tinieblas, y la Luna en sangre, antes que venga el día grande y terrible de Yahvé».

Y recuerdo (porque, ¿cómo puede uno olvidar nunca, si es bendecido con la oportunidad de contemplar el más espectacular de los acontecimientos celestes?) el eclipse solar total de principios de 1970. Nuestro departamento alquiló un barco de pesca para navegar frente a Nantuckett, el único fragmento de bienes raíces de Nueva Inglaterra privilegiado con una visión de la totalidad. Anhelaba ver que la sombra de la Luna cubría completamente el Sol; me estremecía de emoción ante la posibilidad de observar la corona del Sol. Pero no había comprendido el más imponente de los fenómenos. Vivimos en un mundo natural de sombras. Incluso las catástrofes tienen presagios;** las nubes preceden a las tormentas, y los tornados pueden verse en la distancia. Pero cuando el Sol entra en eclipse total, el cielo se apaga como si un conserje celestial pulsara un interruptor. Porque el Sol es potente, y una fracción del 1 por 100 de la luz solar supone el día, mientras que la

* [When the sun refuse to shine ... / when the moon turns red with blood; / oh Lord, I want to be in that number, / when the saints go marching in.]

** Juego de palabras que se pierde en castellano: *shadow* es sombra, y *foreshadow* (que literalmente sería lo que precede a la sombra), presagio. (N. del t.)

totalidad es la noche; y la transición es un momento, el parpadear de un ojo. El cielo se apagó, y mi hijo, un niño entonces, lloró en mis brazos.

Oímos muchas advertencias de mal agüero acerca de la poca calidad de la enseñanza de las ciencias en nuestras escuelas e institutos, muchas lamentaciones acerca de la profunda ignorancia de la mayoría de norteamericanos sobre casi cualquier fenómeno del mundo natural. Quizá estas jeremiadas son válidas; la mitad de mis estudiantes fueron incapaces de explicarme por qué nuestro planeta tiene estaciones. Es cierto que debemos trabajar para aumentar el alfabetismo en ciencia, porque no hay ningún tema en la educación que sea más importante.

Pero estoy convencido de que el problema no proviene de la falta de interés. Se suele hacer esta falsa imputación en medio de la letanía de acusaciones correctas que se mencionan en el último párrafo. El interés es inmenso, pero no siempre se expresa como la actividad que tradicionalmente se denomina ciencia o se encuentra entre sus ocupaciones (y nuestra falsa atribución surge por ello de nuestras inadecuadas taxonomías de aventura intelectual). A mi colega Phil Morrison le encanta catalogar el gran número de actividades comunes que requieren una buena cantidad de comprensión científica, pero que por lo general no se clasifican así: el conocimiento astronómico de las personas que construyen y conservan telescopios; la profunda experiencia botánica de los miembros de clubs de jardinería (un magnífico ejemplo de poder concentrado en las mujeres de más edad); o incluso las personas que frecuentan los hipódromos y apuestan por caballos de manera inteligente, porque no comprender adecuadamente las probabilidades puede ser el mayor de todos los impedimentos generales para el conocimiento científico.

Permítaseme añadir a esta lista la potencia intelectual colectiva (¿cómo me gustaría que pudiéramos cuantificarla!) de todos los nombres de dinosaurios que hoy memorizan (y pronuncian) correctamente en Norteamérica millones de niños de cinco años. Y también la alegría y el placer acumulados de millones y millones de norteamericanos que se detuvieron para observar el Sol y maravillarse el 10 de mayo de 1994. La ciudad de Nueva York era el mejor lugar en el que se podía estar en aquella fecha; mi fe en el interés básico resulta completamente afirmada, y el interés fundamental es el sustrato y el *sine qua non* de cualquier reforma real de la educación y de una mayor comprensión.

Solemos afirmar que sólo las desgracias nos pueden reunir. Nos ayudamos unos a otros durante las ventiscas; abrimos nuestros corazones y nuestras casas a las víctimas de un desastre inmediato en nuestro vecindario; buscaremos en el bosque durante toda la noche a un niño perdido que no conocemos. Todas estas observaciones nos ofrecen adecuadamente esperanzas sobre la humanidad común en un mundo que con más frecuencia se caracteriza por la desconsideración, las acciones egoístas e incluso la crueldad absoluta. Pero también suponemos que sólo el desastre puede provocar este efecto, nunca el placer, y, ciertamente, no el deleite intelectual en contrapo-

sición al deleite puramente visceral. Pero el interés y la curiosidad también pueden reunirse, y mis observaciones de neoyorquinos deleitándose con la naturaleza y hablando espontáneamente acerca del Sol me dan de algún modo más esperanza que la que proporciona nuestro valor conjunto en tiempos de crisis, aunque la unidad en el desastre me puede hacer llorar en apreciación sublime, mientras que la cohesión de los eclipses sólo me hace sonreír.

Y así termino este ensayo citando el mayor de todos los tributos al Sol. Con frecuencia he manifestado mi teoría personal acerca de la divulgación escrita de la ciencia.* Divido este género en dos modelos, que denomino galileano, para los ensayos intelectuales acerca de los enigmas de la naturaleza, y franciscano, para las piezas líricas acerca de la belleza de la naturaleza. Respeto a Galileo porque escribió sus dos obras principales como diálogos en italiano, y por ello dirigidos a todas las personas cultas de su órbita, y no en el latín formal de las iglesias y las universidades. Y respeto a san Francisco de Asís por sus tributos a la belleza de la naturaleza.

Soy un galileano impenitente. Trabajo en una tradición que se extiende desde el mismo maestro, pasando por Thomas Henry Huxley en el pasado siglo, hasta J. B. S. Haldane y Peter Medawar en el actual. Admiro muchísimo el lirismo franciscano, pero no sé escribir de este modo. Empecé este ensayo con una cita del héroe epónimo de mi linaje literario, el propio Galileo. Pero mi ensayo habla del poder del Sol para unificar nuestras diversas culturas y preocupaciones, de manera que he de terminar con un hombre al que nunca cité antes en estas columnas, el epónimo del otro estilo: san Francisco de Asís. San Francisco compuso su hermoso «Cántico del Hermano Sol» en 1225. Escribió en el dialecto umbro de sus conciudadanos, y se suele considerar que su poema es el primero que se conserva en una lengua moderna:

Hermano Sol, que trae el día ...
¡Cuán hermoso es, cuán radiante en todo su esplendor!**

* En especial en el prólogo de «*Brontosaurus*» y la *nalga del ministro*. (N. del t.)

** [Brother Sun, who brings the day ... / How beautiful is he, how radiant in all his splendor!]

Discutiendo el Debate de Dionisio el Diminuto (o DDDD = 2000)

En 1697, en el día destinado a arrepentirse por los errores de juicio en Salem, Samuel Sewall de Boston estaba de pie y en silencio en la vieja Iglesia del Sur, en Boston, mientras se leía en voz alta su confesión de error. Sólo él, de todos los jueces de las falsamente acusadas (y realmente ejecutadas) «brujas» de Salem, tuvo el valor de someterse a dicha corrección pública. Cuatro años después, el mismo Samuel Sewall organizó una de las más alegres algarabías hacia el Señor, y en un momento particularmente propicio. Contrató a cuatro trompeteros para que proclamaran, según escribió, la «entrada del siglo xviii» mediante la ejecución de un trompetazo en la Cámara de los Comunes de Boston justo al alba. También pagó al pregonero de la ciudad para que leyera en voz alta sus «versos sobre el Nuevo Siglo». Las estrofas iniciales parecen especialmente conmovedoras en la actualidad, la primera por su oportunidad (estoy escribiendo este ensayo en un frío día de enero en Boston, y la temperatura exterior es de -19°C), y la segunda por un paternalismo anticuado que resalta a la vez lo que de admirable y de dudoso hay en nuestra historia:

¡Una vez más! Dios Nuestro, dignate resplandecer:
corrige la frialdad de nuestro clima,
Apresúrate con tu luz imparcial,
y termina esta larga y oscura noche.
Concede a los indios ojos para ver
la luz de la vida, y libéralos.
Así los hombres adorarán a Dios en Cristo,
y nunca más reverenciarán a ídolos vanos.*

* [Once more! Our God vouchsafe to shine: / Correct the coldness of our climate. / Make haste with thy impartial light, / and terminate this long dark night. / Give the Indians eyes to see / The light of life, and set them free. / So men shall God in Christ adore, / And worship idols vain, no more.]

No planteo este tema para avergonzar al buen juez por su trágico error, ni para alabar su meritoria valentía, sino por un aspecto de la historia que puede parecer periférico al propósito de Sewall, pero que, sin embargo, adquiere mayor dimensión a medida que nos acercamos al milenio destinado a culminar la década en la que estamos viviendo. Sewall contrató a sus trompeteros para el 1 de enero de 1701, no para el 1 de enero de 1700, y por lo tanto tomó partido explícito en un debate que la cima de su nuevo siglo había encendido, y que desde entonces ha aumentado muchísimo en ocasión de transiciones similares (véase mi principal fuente de información para gran parte de este ensayo, la historia maravillosamente meticulosa de los *fin de siècle*: *Century's End*, de Hillel Schwartz). ¿Cuándo terminan los siglos? ¿Cuando acaban los años cuyas dos últimas cifras son 99 (como sugiere la sensibilidad común), o al final de los años que acaban con 00 (como dicta la lógica restringida de un sistema peculiar)?

El debate ya es más intenso que nunca, aunque todavía nos hallamos a varios años de la transición que se avecina, y por dos razones obvias. La primera (¡oh, maldito rencor!) es que nuestra época dislocada, y nuestra prensa floreciente, proporcionan una magnífica oportunidad para ensayar *ad nauseam* dicha *narrishkeit*.* ¿acaso no nos complacemos con trivialidades para distraer la atención de los temas verdaderamente portentosos que nos abruman? La segunda es que esta vez cuenta realmente como el colmo de la sensación: pues este es el milenio,¹ el grande e indudable milenio, el único que experimentará un observador humano (aunque unos pocos árboles, y quizá uno o dos hongos, pero ningún animal único, han pasado antes por la experiencia; véase el ensayo 26).

El 26 de diciembre de 1993, en *The New York Times* aparecía un escrito destinado a enterrar la orgía compradora de Navidad y a dar la bienvenida al nuevo año. Este artículo, sobre instrumentos comerciales para el fin de siglo, empezaba advirtiéndolo: «Puede hacerse dinero a propósito del milenio ... en el 999 predominaban los sentimientos de abatimiento. Lo que les pudo haber faltado a los que predicaban el fin del mundo fue un instinto para el mercado de masas». La cascada comercial de este milenio ya está en plena marcha: en periódicos, agendas, las inevitables cafeteras y camisetas, y otros mil productos que se venden en toda su gama, desde los pasteles de fruta de la

* Extravagancia, bobada. (N. del t.)

1. En el espíritu de este ensayo dedicado a disipar un conjunto típico de confusiones que ya rodean el milenio que se acerca, permítaseme dedicar al menos una nota al pie a la más trivial de dichas confusiones, pero también a la que se puede resolver de manera más directa. Milenio tiene dos enes en inglés (*millennium*); lo juro, a pesar de que se suele escribir erróneamente en la mayoría de los libros y de los nombres de productos que ya se han dedicado al acontecimiento. El adjetivo derivado (*millennial*) también, pero el alternativo *millenarian* tiene una sola ene. (Las etimologías son ligeramente distintas. *Millennium* procede del latín *mille*, mil, y *annus*, año, y de ahí las dos enes. *Millenarian* procede del latín *millenarius*, «que contiene un millar (de lo que sea)», por lo tanto no deriva de *annus* ni tiene dos enes.) [Esta discusión no tiene sentido en castellano, donde «milenario» y «milenio» se escriben con una sola ene; «milenial» no existe en el *Diccionario de la Real Academia*. (N. del t.)]

Nueva Era de la contracultura, hasta los visionarios apocalípticos de la línea dura en la periferia del cristianismo, pasando por una maleza de gente ordinaria que quieren obtener un dólar de forma honesta. El artículo habla incluso de una empresa consultora que se ha establecido explícitamente para ayudar a otros a lanzar al mercado el milenio; de manera que ya estamos asistiendo a la recursión fractal que podríamos denominar megaacaparamiento, es decir, hacer crecer mejillones de consejos en las mejilloneras de los beneficios potenciales de aquellos a los que se aconseja.

Lamento muchísimo no poder, hablando vulgarmente, «seguir el programa». Me siento obligado a mencionar dos minúsculas dificultades que podrían actuar como amortiguadores de la alharaca universal. En primer lugar (aunque no daré excesiva importancia a este tecnicismo), los milenios no son transiciones al final de períodos de mil años, sino períodos concretos *que duren* mil años; de modo que no estoy convencido de que siquiera hayamos elegido bien el nombre. En segundo lugar, si seguimos insistiendo en una celebración (como así ocurre), con independencia del nombre que se le dé, sería mejor decidir cuándo celebrarla. Dedico este ensayo a explicar por qué este segundo aspecto no puede resolverse, situación que debiera considerarse esclarecedora y no deprimente. Porque, del mismo modo que Tennyson nos enseñó a preferir el amor perdido al amor no experimentado, es mejor no saber y saber por qué no podemos saber, que no tener ningún indicio acerca de por qué demonios tanta gente está tan agitada sobre si la gran divisoria está en el año 1999 o en el 2000. Al menos, cuando el lector comprenda las afirmaciones conflictivas, legítimas e irresolubles de ambos bandos, podrá celebrar con ecuanimidad ambas alternativas... o ninguna de ellas (con una justeza informada) si su carácter es desabrido, o pulcro.

Nombres correctos. Milenio significa, etimológicamente, período de mil años. Sin embargo, este concepto no surgió del campo de la ciencia calendaria práctica, que se dedica a la medida del tiempo, sino del ámbito de la escatología, es decir, de las visiones futuristas sobre un *final* bienaventurado del tiempo. El pensamiento milenario impregna los dos libros apocalípticos de la Biblia: Daniel en el Antiguo Testamento y el Apocalipsis en el Nuevo Testamento. En concreto, el milenio cristiano tradicional es una época futura que durará mil años, y que terminará con una última batalla y con el Juicio Final de todos los muertos. Tal como lo describió san Juan en una de sus visiones oraculares (Apocalipsis, 20), Satanás será encadenado durante mil años y arrojado al abismo sin fondo; Cristo retornará y reinará durante este milenio con los mártires cristianos resucitados. Después Satanás será liberado; se reunirá con Gog, Magog y una caterva de otros chicos malos, para la batalla final; Cristo y los chicos buenos ganan, los demonios terminan en el «estanque de fuego y azufre»; ahora todos los muertos han resucitado y, en un Juicio Final al concluir este período, se levantan para vivir con Jesús, o bien terminan en este otro lugar desagradable, junto con la mayor parte de personajes interesantes de la historia.

Vi un ángel que descendía del cielo ... Tomó a ... Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo, y encima de él puso un sello ... y vi las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús ... y vivieron y reinaron con Cristo mil años ... Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra ... Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre ... Vi a los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y fueron abiertos los libros ... y todo el que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue arrojado en el estanque de fuego (Apocalipsis, 20:1-15).

Así, pues, ¿de qué manera este concepto original de un reino venidero de Cristo se transformó en el lenguaje popular en una palabra que describe las transiciones del calendario en múltiplos de mil? La principal razón debe ser la simple confusión, y el haber perdido el conocimiento del significado original, al haber disminuido la popularidad de las versiones apocalípticas del cristianismo, por no mencionar la lectura de la Biblia en general (a pesar, por decirlo de manera suave, del apoyo vigoroso y continuo en algunos círculos). Pero sí que existe una especie de razón de ser para esta transferencia de significado dentro de la historia de la escatología, en particular en su intersección con mi profesión, la geología, en los intentos de establecer la edad de la Tierra.

Muchos pasajes bíblicos afirman que el día de Dios puede compararse con mil años humanos: «Carísimos, no se os oculte que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día» (II Pedro, 3:8; véase asimismo el Salmo 90). Esta comparación, leída literalmente, llevó a muchos intérpretes a concluir que los siete días de la creación habían de corresponder a una duración máxima para la Tierra de siete mil años, desde la creación hasta la destrucción última en el Juicio Final. En esta disposición, la séptima o última época cósmica, que corresponde al día de descanso de Dios después de seis días de furiosa actividad creativa, sería un período de mil años de dicha, el gran sabat del milenio tradicional. Si entonces la ciencia o la hermenéutica pudieran determinar el momento del origen de la Tierra, podríamos saber el momento del inicio de esta última época feliz.²

2. En este sentido, el gran renacimiento en el siglo xvii del pensamiento milenarista debe considerarse no solamente (aunque es así como solemos verlo) como un ataque visionario y por la retaguardia contra la ciencia en desarrollo, sino en parte como una consecuencia de la revolución científica contemporánea. La Iglesia católica, al menos desde san Agustín, había suprimido el milenarismo literal con un argumento alegórico (véase *La ciudad de Dios*, de san Agustín): el milenio había de considerarse como un estado espiritual en el que la Iglesia entraba colectivamente en Pentecostés (el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles poco después de la resurrección de Cristo) y que estaba completamente supeditado a la experiencia personal contemporánea mediante la comunión mística con Dios. Este argumento, huelga decir, tiene una finalidad social para una institución poderosa y conservadora que desea mantener un *statu quo* de influencia diaria, y no alienta extrañas teorías sobre fines del mundo reales e inminentes. Pero cuando la ciencia y otras formas en desarrollo del saber, entre las que se cuentan la historia, la

La mayoría de los cálculos sobre la antigüedad de la Tierra, si se realizan literalmente a partir de las duraciones de la vida según constan en la Biblia y en otras fuentes antiguas, sitúan la creación en algún punto entre el año 3761 a.C. (el calendario judío) y más allá del año 5500 a.C. (la Septuaginta, o Biblia griega). Por lo tanto, bien pudiera avizorarse en el horizonte una transición a la era del milenario (o ya debiera haber tenido lugar hace muy poco, según el cálculo que el lector prefiera). Es cierto que ninguno de los momentos que se sugieren para la creación dan razón alguna para redefinir un milenio como una transición alrededor de una cifra que se escribe con tres ceros, pero al menos podemos comprender por qué razón la gente puede combinar un período futuro de dicha milenaria con algún sistema para contar el tiempo histórico en períodos de mil años.

Tiempos correctos. Siendo un hombre de estatura inferior a la media, me complace informar que el origen de todas nuestras preocupaciones infernales sobre los finales de siglo puede depositarse en el dintel de la puerta de un monje del siglo vi llamado Dionysius Exiguus, o (literalmente) Dionisio el Bajo. Habiéndosele ordenado preparar una cronología para el papa san Juan I, el Pequeño Dionisio decidió empezar los años contables con la fundación de Roma. Pero, equilibrando pulcramente sus lealtades seglar y sagrada, Dionisio volvió a dividir el tiempo en el momento de la aparición de Cristo. Computó el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, hacia el final del año 753 A. U. C. (*ab urbe condita*, o «desde la fundación de la ciudad», es decir, de Roma). A continuación Dionisio volvió a comenzar el tiempo unos pocos días después, el 1 de enero de 754 A. U. C. (no el nacimiento de Cristo, sino la Fiesta de la Circuncisión en su octavo día de vida, y asimismo, y no fortuitamente, el día de Año Nuevo en los calendarios romano y cristiano latino).

El legado de Dionisio no ha hecho otra cosa que proporcionar problemas. En primer lugar, ni siquiera acertó en la fecha, porque Herodes murió el año 750 A. U. C. Por tanto, si Jesús y Herodes coincidieron en el tiempo (y habría que revisar drásticamente los evangelios si no fue así), entonces Jesús debió de nacer el año 4 a.C. o antes... ¡lo que confiere al propietario del título del tiempo algunos años de vida con anterioridad a su propia era!

Pero el error de Dionisio en la fecha del nacimiento de Jesús es sólo un mero pecadillo si se compara con las consecuencias de su segunda decisión

filosofía y el análisis textual, empezaron a establecer métodos para razonar sobre temas tales como la edad de la Tierra, las esperanzas que proporcionaba el cálculo animó efectivamente la búsqueda activa de inicios y finales reales del tiempo, mientras que el mito en desarrollo del progreso científico también daba pábulo a la esperanza de una transición gradual a un milenio terrenal (véase Millennialism en la *Encyclopaedia Britannica*, en particular el contraste de las primeras versiones apocalípticas cristianas —el derrumbe súbito por parte de la divinidad de un mundo agotado y pecador— con este relato setecentista de «milenialismo progresivo». Puesto que estas hebras se entremezclan en grupos apocalípticos modernos tales como los Testigos de Jehová y los Adventistas del Séptimo Día, esta historia no tiene únicamente un interés de anti-cuario).

equivocada. Volvió a empezar el tiempo el 1 de enero de 754 A. U. C., y llamó a esta fecha 1 de enero del año 1 A. D. (*Anno Domini*, o «año del Señor»)... no el año cero (lo que, visto desde el presente, nos hubiera ahorrado muchísimos problemas).

En resumen, Dionisio olvidó empezar el tiempo por el año cero, con lo que dio al traste con todas nuestras nociones usuales de cálculo. Durante el año en el que Jesús tenía un año de edad, el sistema de tiempo que supuestamente empezó con su nacimiento tenía dos años de edad. (Los niños tienen cero años hasta su primer aniversario; el tiempo moderno ya tenía un año de edad en su mismo inicio.) La ausencia de un año cero también significa que no podemos calcular algebraicamente (sin hacer una corrección) a través de la transición a.C.-d.C. El tiempo transcurrido entre 1,5 a.C. y 1,5 d.C. son dos años.

El problema de los siglos proviene de la desafortunada decisión de Dionisio de empezar con el año 1 y no con el año cero, y de ninguna otra razón. Si insistimos en que todas las décadas deben tener diez años, y todos los siglos cien años, entonces el año 10 pertenece a la primera década (y, por triste que sea decirlo, el año 100 debe quedarse en el primer siglo). De allí en adelante, el tema nunca desaparece. Cada año terminado en 00 debe contar como el centésimo y final de su centuria; no importa lo que la sensibilidad común prefiera: 1900 formó, junto con todos los demás años a partir del 1801, el siglo XIX; y el 2000 será el año que completará el siglo XX, y no el inicio del próximo milenio. O así lo dicta la pura lógica del sistema de Dionisio. Si nuestro monje corto de vista hubiera empezado con un año cero, entonces la lógica y la sensibilidad común coincidirían, y las salvajes campanas del milenio podrían repicar al menos una vez y de forma resonante al iniciarse el 1 de enero de 2000. Pero no lo hizo.

Puesto que la lógica y la sensibilidad común no coinciden, y dado que ambas tienen derechos legítimos sobre nuestra decisión, el gran y recurrente debate sobre los límites del siglo no puede, sencillamente, resolverse. Algunas preguntas tienen respuestas porque la información obtenible decreta una determinada conclusión. La Tierra gira, efectivamente, alrededor del Sol y la evolución, efectivamente, regula la historia de la vida. Algunas preguntas no tienen respuesta porque no podemos obtener la información necesaria (dudo que podamos identificar nunca con seguridad a Jack el Destripador). Sin embargo, muchos de nuestros debates más intensos no son resolubles mediante información de ningún tipo, sino que surgen de conflictos en los valores o los modos de análisis. (¿Hemos de permitir el aborto?; ¿en qué circunstancias? ¿Existe Dios?) Un subconjunto de estos debates irresolubles (eventualmente trivial, pero capaz de provocar gran agitación, y por lo tanto el más frustrante de todos) no tienen respuestas porque tratan de palabras y de sistemas, y no de cosas, y los fenómenos del mundo (es decir, las «cosas») no tienen, por lo tanto, relación con las soluciones potenciales. El debate del siglo se encuentra en esta categoría fastidiosa.

La lógica del sistema arbitrario de Dionisio dicta un resultado: que los si-

glos cambien entre los años terminados en 00 y los terminados en 01. La sensibilidad común nos lleva a la conclusión opuesta: deseamos que las transiciones coincidan con la extensión o la intensidad del cambio sensual aparente, y el paso de 1999 a 2000 parece mucho más definitivo que el de 2000 a 2001, de manera que situamos nuestra frontera del milenio en el cambio en las cuatro posiciones, no en el mero incremento de 1 en la última posición. (Denomino a este bando «sensibilidad común» y no «sentido común» porque la preferencia implica aspectos estéticos y sentimiento, y no razonamiento lógico.)

Se podría aducir que los seres humanos, como criaturas racionales, estarían dispuestos a someter la sensibilidad a la lógica; pero somos, asimismo, criaturas de sentimientos. De modo que el debate ha progresado a cada vuelta del tiovivo. Hillel Schwartz, por ejemplo, cita dos cartas a periódicos, escritas en 1900, desde el campo de la sensibilidad común. «Reto al más intolerante rigorista a que intente excitar entusiasmo a propósito del año 1901, cuando ya habremos tenido doce meses de experiencia del siglo xx». «Las cifras seculares son el símbolo, y el único símbolo, de los siglos. Una vez cada cien años hay un cambio en el símbolo, y este gran acontecimiento secular es de una prominencia sorprendente. ¿Qué hay más natural que armonizar el siglo con su única marca visible?»

Me encantan las flaquezas humanas; ¿qué otra cosa nos puede hacer reír (como es obligado) en este duro mundo nuestro? Cuanto más trivial es un tema, y cuánto más irresoluble, más se intensifica en cada bando el calor del debate y la seguridad de estar en posesión de la verdad absoluta (considere únicamente el lector los debates en los que se enzarzan los profesores sobre las plazas de aparcamiento en los solares de la universidad). El mismo clamor surge cada cien años. Un participante inglés en el debate de 1800 frente a 1801 escribió a propósito de la «ociosa controversia, que últimamente ha convulsionado a tantos cerebros, concerniente al comienzo del presente siglo». El 1 de enero de 1801, un poema en el *Connecticut Courant* pronunciaba una maldición sobre ambos bandos (pero se inclinaba por Dionisio):

Precisamente a las doce de la pasada noche,
el siglo dieciocho emprendió el vuelo.
Muchísimas mentes calculadoras
se han devanado los sesos, han vertido tinta,
para probar con metafísica fetén
que cien sólo son noventa y nueve;
mientras que otros con erudición pensaban
pero añadían otro año para sumar cien.*

* [Precisely twelve o'clock last night, / The Eighteenth Century took its flight. / Full many a calculating head / Has rack'd its brain, its ink has shed, / To prove by metaphysics fine / A hundred means but ninety-nine; / While at their wisdom others wonder'd / But took one more to make a hundred.]

La misma pulcritud reapareció un siglo después. *The New York Times*, con diplomacia anticipada, escribía en 1896: «A medida que el presente siglo se acerca a su final, vemos asomar a no mucha distancia la venerable disputa que reaparece cada cien años, a saber: ¿Cuándo empieza el siglo que viene? ... No cabe ninguna duda que una persona puede sostener que el siglo que viene empieza el primero de enero de 1900, y otra que se inicia el primero de enero de 1901, y hallarse ambas en posesión de todas sus facultades». Pero un comentarista alemán resaltaba: «A lo largo de mi vida he visto a muchas personas discutir a propósito de muchas cosas, pero en relación a pocas con tanto fanatismo como sobre la cuestión académica de cuándo terminará el siglo ... Cada uno de los bandos producía en su favor los cálculos más truculentos y sostenía al mismo tiempo que era la cosa más sencilla del mundo, que cualquier niño podría entender».

¿Me pregunta el lector de qué lado estoy? Bien, desde luego públicamente no tomo ninguna posición porque, como acabo de afirmar, la cuestión es irresoluble: cada bando posee un razonamiento absolutamente consistente dentro de confines de sistemas diferentes, pero igualmente defendibles. Pero en privado, sólo entre el lector y yo, bien, permítaseme plantearlo de esta manera: Conozco un joven con graves limitaciones cognitivas como resultado de discapacidades mentales de nacimiento, pero que resulta ser un prodigio en el cálculo de fechas (puede, de manera instantánea, decir el día de la semana para cualquier fecha situada a miles de años en el pasado o en el futuro; a estas personas se las solía llamar idiotas sabios, término que felizmente está cayendo en desuso, aunque no me acaba de gustar el eufemismo que lo sustituye: «síndrome de sabio»). Está perfectamente al tanto del gran debate del siglo, pues nada podría interesarle más. Recientemente le pregunté si el milenio llega el 2000 o el 2001, y me contestó sin dudar: «El 2000. La primera década sólo tuvo nueve años».

¿Qué solución más elegante! ¿Y por qué no? Después de todo, nadie de los que vivía entonces tenía la menor idea de si se afanaban en el año cero o en el año uno, ni si su primera década poseía nueve años o diez, ni si su primer siglo noventa y nueve o cien. El sistema a.C.-d.C. no se inventó hasta el siglo vi, y no se aceptó de manera general en Europa hasta el siglo xi. Así, pues, ¿por qué no proclamamos sencillamente que el primer siglo tuvo noventa y nueve años, ya que ni una sola alma de las que vivía entonces supo ni se preocupó del anacronismo que más tarde se acumularía sobre todos los años de su vida? De este modo los siglos pueden acabar cuando desee la sensibilidad común, y subrayamos la santa arbitrariedad de Dionisio con un capricho, un artificio de nuestra cosecha que casa los campos en disputa. Hábil, excepto que pienso que a la gente le gusta discutir apasionadamente sobre insolubilidades triviales, a menos que se vean obligados a invertir esta energía turbulenta en batallas reales que podrían matar a alguien.

¿Qué otra cosa podríamos salvar de referir la historia de un debate sin respuesta? Irónicamente, tales argumentos contienen la posibilidad de un hallazgo sociológico precioso: puesto que de las «externalidades» de la na-

turalidad o de la lógica no puede surgir respuesta alguna, los puntos de vista dispares proporcionan trayectorias «puras» de las actitudes humanas en evolución; y, por lo tanto, podemos cartografiar las tendencias de la sociedad sin los impedimentos de factores de confusión tales como la verdad revelada.

Me había propuesto invertir sólo unas cuantas horas de investigación para este ensayo, pero a medida que estudiaba documentos sobre las transiciones seculares, me di cuenta de algo interesante en este ámbito sociológico. Las dos posiciones (a lo largo de este ensayo las he llamado «lógica» y de «sensibilidad común») tienen asimismo claras correlaciones sociales que yo no hubiera previsto. La posición lógica (que los siglos han de tener cien años y que, por tanto, ya que Dionisio no incluyó el año cero, las transiciones deben darse entre los años acabados en 00 y 01) ha sido siempre abrumadoramente defendida por los intelectuales y por las personas en el poder (en particular, la prensa y los negocios), representando así lo que podemos llamar la «alta cultura». La posición de sensibilidad común (que dice que hemos de celebrar la aparición del máximo cambio entre los años terminados en 99 y 00, y no preocuparnos demasiado por la desgraciada falta de previsión de Dionisio) ha sido la favorita perpetua de este compuesto mítico que antaño se designó como Juan Pueblo, o «el hombre de la calle», y que ahora se suele llamar cultura vernácula o popular.

La distinción se remonta al inicio mismo de este debate perpetuamente recurrente sobre las transiciones seculares. Hillel Schwartz considera que el primer pleito importante corresponde al paso de 1699-1701 (que el lector sitúe el momento donde quiera), encarnación que provocó el trompeteo de Samuel Sewall en Boston. Resulta interesante que parte de la discusión se centró por aquellos años en un tema que desde entonces ha sido fastidioso de forma permanente, a saber: ¿produjo la primera transición milenial de 999-1001 un período de miedo por el inminente fin apocalíptico del mundo (que los partidarios de esta posición llamaron «el gran terror»)? Las opiniones van desde las que apoyan esta idea de forma extravagante (véase el libro notablemente acríptico de Richard Erdoes, que eleva cualquier asomo de rumor a afirmación espectacular), a las que la desprestigian completamente (véase el libro anteriormente citado de Hillel Schwartz y las docenas de referencias que se citan en el primer capítulo del mismo). En mi ignorancia, yo me refugiaré en la posición equilibrada del historiador francés Henri Focillon (en su libro *El año mil*).

Focillon admite que ciertamente tuvo lugar algo de agitación apocalíptica, al menos localmente en Francia, Lorena y Turingia, hacia mediados del siglo x. Pero, sorprendentemente, encuentra poquísima evidencia de un temor general que rodeara el mismo año 1000: nada en ninguna bula papal, nada de ningún papa, gobernante o rey.

En el bando a favor, un prolífico monje llamado Raoul Glaber habló ciertamente de terrores del milenio, afirmando que «Satanás será pronto desencadenado porque los mil años ya se han cumplido». También asegu-

raba, aunque no se ha encontrado ningún soporte documental o arqueológico, que unos pocos años después del año 1000 empezó una oleada de construcción de nuevas iglesias, cuando las gentes se dieron finalmente cuenta de que el Armagedón se había pospuesto: «Unos tres años después del año 1000 —escribió Glaber—, el mundo se vistió el ropaje de blanco puro de las iglesias».

El relato de Glaber proporciona una sorprendente lección sobre los peligros de una idea «fija». Todavía vivía en 1033, y todavía anunciaba el milenio que iba a venir, aunque admitía que debía haberse equivocado al considerar la natividad de Cristo como el inicio de la cuenta atrás, y ahora proclamaba que el apocalipsis llegaría con seguridad en el milenio de la Pasión de Cristo, en 1033. Vio en una hambruna de aquel año una señal segura: «Los hombres creyeron que la procesión ordenada de las estaciones y las leyes de la naturaleza, que hasta entonces habían gobernado el mundo, se habían sumido en el caos eterno; y temían que la humanidad se acabara».

Dudo que debamos conceder muchos aplausos críticos a fra Glaber (quien, según otras fuentes, tenía un carácter bastante disoluto y había sido expulsado de varios monasterios durante su vida de altibajos). Yo tiendo a alinearme con los críticos del gran terror. Después de todo, ¿por qué razón habría de provocar el año 1000 ninguna gran reacción en aquella época, en especial puesto que el sistema de Dionisio no había sido aceptado de modo general, y distintas culturas ni siquiera se habían puesto de acuerdo en una fecha para el inicio de un nuevo año? Sospecho que la noción de un gran terror debe haber surgido en gran parte como una retrospectiva anacrónica, combinada con algunas nimiedades legítimas.

Como otra razón para dudar de un gran terror en 999-1001, la leyenda de un tal episodio sólo empieza con una breve mención en una obra del cardenal Cesare Baronio, de finales del siglo xvii. Sin embargo, una vez que el debate sobre los fines de siglo se inició en la década de 1690, las retrospectivas hacia el primer milenio se hicieron inevitables. El terror legendario, ¿tuvo lugar a finales de 999 o de 1000? Resulta interesante que la distinción entre alta cultura y cultura popular puede encontrarse incluso en esta reconstrucción anacrónica, con los intelectuales a favor del 1000 y las leyendas populares del 999. Hillel Schwartz escribe:

Desde la década de 1690 se han producido debates sarcásticos, agrios, a veces apasionados *in re* a término sobre la Nochevieja de los años acabados en 99 frente a la Nochevieja de los acabados en 00, y la confusión se ha extendido a las matemáticas del año del milenio. Para Baronio y sus (escasas) fuentes medievales, las excitaciones del milenio se centraban en el final del año 1000, mientras que el final de 999 ha figurado de manera más prominente en la leyenda del terror pánico.

Desde entonces se mantiene la pauta, pues el debate floreció en la década de 1690, se extendió en la de 1790 con sus centros principales en los periódicos de Filadelfia y Londres (con la intensidad añadida de que los Estados Unidos se enlutaron por la muerte de George Washington justo a finales de 1799), y explotó en todo el mundo en un frenesí de discusión durante la década de 1890.

La versión de 1890 exhibe la división más clara de alta cultura frente a cultura popular. Unas cuantas fuentes de alta cultura se alinearon tras el favor popular de 1899-1900. El káiser Guillermo II de Alemania declaró oficialmente que el siglo xx había comenzado el 1 de enero de 1900. Unos cuantos barones del saber, incluyendo compañeros de cama tan extraños como Sigmund Freud y lord Kelvin, estuvieron de acuerdo. Pero la alta cultura prefirió, de forma abrumadora, el imperativo dionisiaco de 1900-1901. Un seguimiento asiduo demostró que los rectores de las universidades de Harvard, Yale, Princeton, Cornell, Columbia, Dartmouth, Brown y Pennsylvania estaban a favor de 1900-1901; con toda la Alianza de la Hiedra* tan firmemente tras Dionisio, ¿por qué preocuparse por un simple káiser (aun cuando el rey de Suecia salió en defensa de Guillermo)?

En cualquier caso, 1900-1901 ganó de manera decisiva, en los dos foros que realmente importan. Prácticamente todas las celebraciones públicas importantes para el nuevo siglo, en todo el mundo (e incluso en Alemania), tuvieron lugar desde el 31 de diciembre de 1900 al 1 de enero de 1901. Además, esencialmente los principales periódicos y revistas dieron la bienvenida oficial al nuevo siglo con su primer número de enero de 1901. Hice un repaso de las principales fuentes y no pude encontrar ninguna excepción. *The Nineteenth Century*, una importante publicación periódica inglesa, cambió su nombre por el de *The Nineteenth Century and After*, pero sólo con el número de enero de 1901, en el que también aparecía un nuevo logotipo con un Jano de dos caras, un viejo barbudo que miraba a la izquierda y hacia abajo, al siglo xix, y un joven alegre mirando hacia la derecha, al siglo xx. Publicaciones tan fiables como *The Farmer's Almanack* y *The Tribune Almanac* declararon que sus volúmenes para 1901 eran «el primer número del siglo xx». El 31 de diciembre de 1899, *The New York Times* inició un relato sobre *The Nineteenth Century* señalando: «Mañana entramos en el último año de un siglo marcado por un progreso en todo lo relativo al bienestar material y a la ilustración de la humanidad que ha sido mayor que en toda la historia previa de la raza». El 1 de enero de 1901, el titular principal proclamaba: «Entrada triunfante del siglo xx», y describía las festividades en la ciudad de Nueva York: «Las luces brillaban, el gentío cantaba, las sirenas de las embarcaciones del puerto gritaban y rugían, las campanas repicaban, las bombas retumbaban, los cohetes subían disparados hacia el cielo, y el nuevo siglo hizo una

* *Ivy League*, grupo de universidades del noreste de los Estados Unidos, de gran prestigio académico y social. (N. del t.)

entrada triunfal». Mientras tanto, la pobre Carry Nation* no pudo ver los fuegos artificiales, ni siquiera levantar una copa, pues una pequeña nota en la misma primera página anunciaba: «La Srta. Nation en cuarentena. Viruela en la cárcel en la que se encuentra la demoledora del *saloon* de Kansas. Dice que podrá resisitirlo».

De manera que la alta cultura sostenía todavía las riendas la última vez, incluso en órganos de cultura popular tales como *The Farmer's Almanack*, publicado sin duda por hombres que creían pertenecer a la elite. Pero considere el lector la diferencia a medida que nos acercamos a este milenio, pues no hay duda de que la cultura popular vencerá decisivamente en esta importantísima repetición. Arthur C. Clarke y Stanley Kubrick se alinearon con Dionisio en las versiones literaria y fílmica de 2001, pero apenas puedo pensar en otra fuente que no especifique el inicio de 2000 como el gran momento de transición. Todos los títulos de libros de nuestra floreciente literatura rinden honores a la versión de la cultura popular del máximo cambio numérico, incluidos *Millennium: A Novel about People and Politics in the Year 1999*, de Ben Bova; *Shall We Make the Year 2000*, de J. G. de Beus; *The Year 2000*, de Raymond Williams; e incluso *1999: Victory Without War*, de Richard Nixon. El álbum y la canción principal de Prince 1999 cita la misma fecha para este *non plus ultra* de fuentes populares.

Los historiadores de la cultura han hecho notar con frecuencia que la expansión de la cultura popular, incluyendo a la vez el respeto por sus maneras y la difusión de su influencia, supone una de las grandes tendencias del siglo xx. Músicos desde Benny Goodman a Wynton Marsalis tocan sus instrumentos en orquestas de jazz y orquestas clásicas. La Ópera Metropolitana ha representado finalmente *Porgy and Bess*, y yo les digo: ¡bien hecho! Hay intelectuales que escriben los artículos más terriblemente eruditos sobre Mickey Mouse.**

Este notable cambio está bien documentado y ha sido muy debatido, pero hasta hoy el comentario no ha tenido en cuenta este importante ejemplo procedente del gran debate sobre el siglo. La distinción era todavía importante en 1900, y la alta cultura ganó de forma decisiva al imponer el 1 de enero de 1901 como inicio del siglo xx. La cultura popular (o la amalgama de su difusión en las audiencias de los que toman decisiones) puede ya declarar una clara victoria para el milenio, que tendrá lugar a comienzo del año 2000, porque la mayoría de personas así lo siente en sus huesos, a pesar de Dionisio... y de nuevo digo: ¡bien hecho! Mi joven amigo quería resolver el debate concediendo sólo noventa y nueve años al primer siglo; ahora la humanidad ordinaria ha hablado a favor del otro extremo, y la transición desde la dominancia de la alta cultura a la difusión de la cultura

* Activista de las buenas costumbres, que abogaba con el ejemplo por el cierre de los establecimientos de mala nota. (N. del t.)

** Autoironía del autor; véase el ensayo 9 de *El pulgar del panda*. (N. del t.)

popular resolverá este asunto secular ¡concediendo al siglo xx sólo noventa y nueve años!

¡Qué encantador! Porque los debates eternos sobre temas irresolubles suponen realmente una gran pérdida de tiempo, nos ponen de mal humor y socavan la energía que tenemos destinada a actividades realmente importantes. Salvemos, en cambio, nuestra combatividad mental; no para establecer el bendito milenio (porque dudo que los seres humanos sean capaces de tal perfección), sino al menos para construir Jerusalén sobre la verde y apacible tierra de nuestro planeta.